

ELENA GÓMEZ
Teruel, 1975



Escribo desde que tengo uso de razón, pero me puse en serio hace seis años. He ganado algún certamen de relatos y he prologado libros de otros autores, pero publico casi todo en mi blog personal <https://callessinnombre.wordpress.com>. Columnista de opinión en Diario de Teruel y también colaboro con publicaciones culturales.

Ojos de cristal

Paz camina por los oscuros callejones del centro de la ciudad. Es tarde, demasiado tarde para una mujer sola e indefensa. Aquí y allá se encuentra con grupos de jóvenes apurando la noche en algaradas etílicas. Pero Paz va tranquila, se sabe transparente, nada teme.

Trabaja por las noches limpiando un restaurante. Es el mejor horario para ella, el tiempo durante el cual su padre inválido duerme un sueño plácido y, admitámoslo, un tanto narcotizado. Si no lo medicara para que descanse, su demencia no le daría tregua. De algo hay que comer, se dice Paz para atenuar la culpa y salir a ganarse un sustento que la pensión no les daría. Se va sujetando la muñeca derecha, le duele, los años y la fregona no perdonan. Tendría que ir al médico pero le preocupa que le prescriban una cirugía, no puede permitirse un solo día de reposo.

El aliento sale de su boca formando volutas sublimadas de hielo. La nariz roja de aquellos que han bebido demasiado parecen heridas abiertas en sus rostros. Paz se arrebujaba dentro de su abrigo y acelera el paso, conoce bien la soledad y no le da miedo, pero su intuición le dice que los escalofríos que esta noche recorren su enjuto cuerpo no se deben solo al frío.

A Paz siempre le acompaña un sentimiento de tristeza y sometimiento. Nada pudo hacer para escapar de una rutina impuesta por las circunstancias de su propia vida. Siempre fue una niña apocada, hija única de una familia subyugada a las costumbres y la rutina. En casa, las risas nunca fueron bienvenidas y la palabra del padre siempre fue ley. Desde muy pequeña aprendió las obligaciones del hogar y, apenas tenía un rato de asueto, se afanaba en ayudar a una madre enferma y abnegada. No hubo momentos para juegos y amistades, el colegio fue una de tantas condenas que ha tenido que cumplir en esta vida que le ha tocado. Los niños la apartaban y pronto aprendió la lección más importante. Había nacido para ser invisible.

El año que acabó sus estudios primarios, falleció su progenitora. A partir de entonces los días se tornaron todos iguales. No hubo juventud, amigas confidentes, primeros amores, sueños o planes de independencia. Ocupó el lugar de su madre en el cuidado de aquel hombre que no sabía mostrar una pizca de cariño a los que le rodeaban. Cada día igual al anterior, sumida en un silencio que terminó siendo su mejor compañía. Su rutina diaria, casa y trabajo. Y los domingos una



PEDRO BLESA JARQUE. Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

misa que aprovecha para hacer las paces con ese Dios inmisericorde que le permitió nacer.

Un día a la semana compra suministros en su barrio. Apenas nadie se percató de su presencia excepto unas pocas vecinas que le paran para preguntar por el estado de su padre. Bien, como siempre, con sus cosas, les miente para evitar hablar de la niebla en que se ha perdido su memoria. Paz sabe que saben, pero que callan por respeto, y eso a veces le hace sentir poderosa. Ya no hay gritos en casa, todo es calma. Ahora es ella quien dispone, algún día alguien la recordará por haber sido una buena hija.

Al final de la calle, justo delante de su portal, atisba otro botellón. Son cinco muchachotes, de voces recias y contundentes risotadas. Paz piensa que su jolgorio es humillante en comparación con el vacío de su existencia. Espera no tener problemas para entrar en casa, no sería la primera vez en ser el objetivo de las absurdas bromas de aquellos que han perdido la noción de casi todo. Por eso ahora camina más despacio, escondiéndose entre las sombras para no despertar un interés no deseado.

No es que no anhele el calor de pecho ajeno. Porque a Paz le quitaron todo excepto su imagi-

nación y cada noche en el desierto de su cama inventa historias en la que es una mujer amada, codiciada por hombres ideales. A veces sueña con aventuras románticas, colmadas de ternura y caricias. Otras, fantasea con encuentros violentos en los que el placer y el dolor se mezclan en una espiral de excitación. Por las mañanas bajo la ducha, dándose de bruce con su anodina realidad, sus lágrimas y sus deseos se le escurren entre las piernas, desapareciendo por el desagüe de su melancolía.

Nunca nadie la miró como se mira a una mujer. Hoy no será diferente, ellos son unos críos y a

ella se le pasó el arroz hace tiempo. Por eso no teme a la noche, es tarde para besos y magreos a escondidas en el zaguán o para piropos calenturientos a su paso moviendo las caderas. Todo aquello no ocurrió cuando era el momento y ya no ocurrirá jamás. Paz es etérea, solo tiene una misión en la vida.

Camina por delante de los chicos del botellón, la observan con indiferencia y estallan en carcajadas, huecas como su alma. Y siguen a lo suyo, esta ha sido la aventura de esta noche. Paz abre el portal un tanto decepcionada, de vez en cuando se permite el lujo de especular que quizá un día, cuando menos se lo espere, aparecerá a la vuelta de la esquina aquel que la rescate del olvido. A ella le darán igual sus defectos, vendería su dignidad a cambio de un poco de pasión.

El patio está oscuro, tiende la mano hacia el interruptor y es entonces cuando descubre el miedo verdadero. Lo que toca no es la pieza de plástico, sino una mano velluda. Intenta gritar pero otra mano le tapa la boca con fuerza. Apenas puede respirar, el pecho estalla de dolor. Forcejea todo lo que puede, es imposible. El monstruo es enorme y ella demasiado pequeña. No, la muñeca no, por favor, que me duele. El bicho la empotra de espaldas contra la pared, es imposible verlo aunque adivina un hedor familiar.

Paz cree conocerle, no obstante no se atreve ni siquiera a pensarlo. Ella no sabe nada de sus miradas lascivas en el trabajo, no ha intuido el peligro porque siempre ha creído que era minúscula, sin importarle a nadie. Y ahora aquí está, sin poder defenderse, a punto de asfixiarse bajo la fuerza bruta de su levitán. Llega el momento de que le roben su secreto más íntimo, rompe a llorar adivinando lo que va a ocurrir. Abre las piernas, puta, le susurra sibilino en su oreja. Paz apenas puede moverse, pero obedece sumisa y aterrada.

Nunca fue capaz de imaginar ese dolor, es como si un cuchillo candente le abriera las entrañas. A la bestia poco le importa su sufrimiento, jadea embriagado de placer y violencia, y casi sin darse cuenta va apretando más su mano contra la boca y el cuello de Paz.

Ella nota cómo se le escapa la vida, nunca imaginó así su final. Dos pensamientos cruzan por su mente antes de que sus ojos se vuelvan de cristal: No, así no... esta no es la forma de intimar con un hombre. ¿Qué será de mi padre mañana?